

Título: Alegato de un loco
Autor: August Strindberg
Traducción: Cristina Ridruejo Ramos
Editorial: El olivo azul
Págs: 288
Precio: 22 €

“Este libro es atroz”, escribe Strindberg en el prólogo de esta novela. Me costó casi doscientas páginas entender por qué.

Según parece, August Strindberg fue acusado de dilapidar la dote de su primera mujer, la anterior esposa de un barón y actriz teatral mediocre. Ante esa acusación, vox pópuli en el Estocolmo de su época (escribe en el prólogo que se llegó a publicar un artículo en un periódico al respecto), y con la intención de justificarse ante sí mismo, decide contar paso a paso cómo fue su relación con esa mujer de nombre María.

“Lo que necesito absolutamente es saber. Y para ello voy a hacer una profunda, concienzuda y científica investigación sobre mi vida” (p.24).

Estructurada en cuatro partes, nos encontramos ante la historia del fracaso de un matrimonio, fracaso que, si hacemos caso al texto, se debe única y exclusivamente a la forma de ser y comportarse de la mujer. Así, con un desarrollo cronológico lineal, que empieza en 1875 y acaba en 1888, encontramos:

- Parte I: el origen de la relación entre los dos protagonistas del libro de forma pormenorizada, quizá excesivamente pormenorizada. Y por supuesto, desde el punto de vista subjetivo de él. Es la parte más difícil de leer, cuesta cogerle el pulso. Profuso en descripciones, muy romántico (tanto por lo que cuenta como por la forma de contarlo y la imaginería que presenta), pero cruel y contradictorio. Hay que leerlo con los ojos de finales del XIX, de la lógica de la época y de la sociedad que refleja. Prosa impecable que hoy resulta un tanto recargada.

- Parte II: mucho más corta, nos hace testigos de la caída, de la pérdida del amor. Sólo dos meses después de que ella abandone al Barón, dice:

“Ahora empezamos a darnos cuenta, por una y otra parte, de cuanto hemos perdido” (p.165).

Se difumina la imagen de la amada (pasa del “era” al “ya no era”, para poco después cargarla de insultos y definirla con expresiones como “me da asco”); sin embargo, concluye esta segunda parte de forma sorprendente: como la ha dejado embarazada, le pide matrimonio.

- Parte III: el matrimonio no es más que un infierno. Constantes riñas, vejaciones, infidelidades... Strindberg se retrata como un alma superior, una intelectualidad elevada por encima de la zafiedad y la mediocridad de su mujer y cuantos la rodean («Me paso los domingos con dos imbéciles y un perro», p.209). ¿Ironía consigo mismo? ¿Un ego descomunal? También va dejando muestras contradictorias de sus sentimientos, porque poco antes ha dicho:

“La amo hasta el punto de importunarla [...] todo es perdonado, todo es olvidado: soy feliz, y le confieso imprudentemente que no podría vivir sin ella y que mi existencia pende de un hilo cuya madeja sujeta ella” (p.207).

Tras una serie de escándalos, que incluye relaciones lésbicas, borracheras, etc. decide que deben irse a París.

- Parte IV: al principio, París se convierte en un refugio para él y en territorio hostil para ella. Siguen las peleas, y es en esta parte donde suelta todo su discurso que, de forma incontestable (él mismo lo señala), le hizo ganarse su fama de misógino. Estamos ante el final de la relación. Se consuma la separación, pero al poco vuelven a unirse, si bien con una intención clara en la mente de él: captar de la mejor forma posible los hechos para llevarlo a papel, algo que se resume en las últimas palabras de la novela:

“Ahora la historia está acabada, Adorada mía. Me he vengado, ya estamos en paz” (p.287).

Se hace indispensable volver a las páginas iniciales para intentar entender el caso en toda su plenitud. Pero, ¿cuánto nos podemos creer a Strindberg? ¿Cuánto de lo que cuenta fue real y cuánto se debía a la esquizofrenia que padeció? Porque hay comentarios del mismo autor que nos plantean dudas:

“¡Entonces se le ocurre convencerme de que estoy «alienado»! Según ella, mis sospechas provienen únicamente de un cerebro exhausto” (p.227).

“Un periódico lanza un eco en el que demuestra al público que me he vuelto loco” (p.229).

“Guardo silencio durante tres meses consecutivos. Al cabo de ese tiempo, descubro con horror que mi voz se ha extinguido [...] los primeros síntomas de las manías persecutorias ven la luz” (p.243).

“Me jura que ese ornamento frontal, soy el único en verlo; que no existe en el dibujo, que me obstino erróneamente” (p.253).

¿Qué ocurrió realmente? Sea como fuere, «Alegato de un loco» se nos presenta como un documento interesantísimo, como el punto de vista de un hombre de finales del siglo XIX que no quiere adaptarse a los cambios que estaban produciéndose en cuanto al papel de la mujer, que por un lado critica a la sociedad que señala de forma negativa estos cambios pero por otro se suma a estas críticas. Víctima o verdugo, Strindberg legó un texto que desde el punto de vista sociológico puede resultar muy útil y productivo.

Raúl Rubio Millares

